

que Bazaine comunicaba á Maximiliano que iba á ponerse en práctica la Convención del 30 de Julio. (1)

El general Porfirio Díaz estableció su cuartel general en la hacienda Blanca, donde quedaron los prisioneros hechos en la acción de la Carbonera. La infantería republicana ocupó la parte baja de la ciudad, y la caballería los suburbios y ranchos inmediatos. Parte de esas fuerzas al mando del coronel Cristóbal Palacios, se desprendió para Huajuapam, Acatlán y Tepeji, poblaciones abandonadas por los austriacos. (2)

El 29 de Diciembre (1866) escribió el coronel Espinosa, jefe del Estado Mayor del general Díaz, al de igual empleo en el cuerpo expedicionario francés, enviándole el sable quitado al comandante Testard, muerto en el combate de Miahuatlán; se quería que esa arma fuese remitida á la familia del difunto, como una prueba de que se estimaba el valor y la abnegación que había manifestado en el campo de batalla que tan funesto le fué.

El 19 de Octubre, después de levantar el campo, retrocedió la fuerza republicana sobre Oaxaca, á la que ya tenía otra vez cercada el día 21, de tal manera, que el día 30 el general Oronoz pidió un armisticio y el 31 estaba Oaxaca en poder de los republicanos, quienes habían cortado la línea entre los fuertes de Santo Domingo y el Carmen, dejándolos sin comunicación con el Cerro en que se levantaba el fuerte de Zaragoza. A los capitulados les fué concedida la garantía de la vida, y entre los prisioneros fueron incluidos los empleados civiles. (3)

Poco después invadía el coronel Félix Díaz con novecientos jinetes la ciudad de Tehuacán; al saberlo el coronel Aymard, destacó de Puebla una fuerza para proteger ese distrito y el de Chalchicomula, temiendo que fuera cortado el camino de Veracruz é incomunicados los diferentes cuerpos del ejército francés, pues aparecían ya con tal objeto fuerzas por San Agustín del Palmar.

El general Porfirio Díaz ofreció á los extranjeros residentes en Oaxaca y principalmente á los franceses, completa seguridad en sus personas é intereses,

(1) El general Vicente Ramos, uno de los principales combatientes en Miahuatlán y la Carbonera, falleció el 1.º de Diciembre, pocos días después del triunfo, á consecuencia de reiterados ataques de apoplejía.

(2) El número de prisioneros aparecía de 353, entre ellos un general de brigada y otro graduado, tres coroneles y tres teniente-coroneles.

(3) Arreglaron los términos de la capitulación, por parte del general Díaz, el general Luis P. Figueroa, los coroneles Félix Díaz y Juan Espinosa Gorostiza, el teniente coronel Manuel Travesí y D. Carlos Thiele; por parte del general Oronoz, comandante de los fuertes de Santo Domingo, el Carmen y el Cerro, el general Juan Ortega, capitán Emilio Dines, teniente Sebastián Lacronique, y subteniente Enrique Baron Eggers y el conde Alberto de Karmer. Las guarniciones de los fuertes quedaban prisioneras de guerra con garantía de la vida; los equipajes, armas y caballos de uso particular de los jefes y oficiales quedaban á disposición de ellos; comisarios nombrados por los dos generales en jefe, entregarían y recibirían las plazas. Se arregló la manera de que salieran las guarniciones de los fuertes y los empleados civiles y demás mexicanos que se hallaban en el recinto sitiado; los heridos y enfermos en hospitales de los fuertes quedaban en calidad de prisioneros.

y á los austriacos vencidos les aseguró que los respetaba por haberse portado con valor, rindiéndose cuando la mayor parte estaban heridos, no siendo cierto que algunos de ellos hubiesen sido pasados por las armas.

Si Oaxaca capituló, lo hizo después de resistencia tenaz que opuso á las fuerzas republicanas mandadas por el general Porfirio Díaz. La caída de Oaxaca tuvo gran resonancia en todo el país, y alentó en gran manera á los republicanos; los jefes de guerrillas que pululaban en las tierras calientes, se enardecieron y emprendieron operaciones que amenazaban seriamente al ejército francés en su retirada, y formaron los republicanos varios centros en Medellín, Tehuacán y Perote.

En tan críticos momentos, aún no acababa Maximiliano de resolverse en determinado sentido, influenciado como estaba por el partido reaccionario y detenido por su propio carácter y la extensión de sus miras, sintiendo profundo disgusto para dejar un trono por el que tantas ilusiones había tenido, y una corona que había sido el mayor anhelo de su vida, según aparece en sus recuerdos de viaje, escritos desde muy joven, y que dicen con claridad cuan dolorosas incertidumbres y angustias sufriría en su retiro de la hacienda de Jalapilla.

Maximiliano, aunque irresoluto, expidió en Orizaba varios decretos, en uno de ellos aceptaba para el desagüe del Valle de México el proyecto del Sr. Francisco Garay. Dispuso que se empleara en gratificaciones, la cantidad que aun no hubiese tenido distribución y que permanecía depositada en Bruselas para la organización de la legión belga. Ordenó, por un decreto firmado por todo el Ministerio, constituir con los cinco Departamentos que formaban la séptima División territorial del Imperio, un comisariato imperial que se denominó de Yucatán, y que en realidad vino á ser un virreinato. (1)

El objeto real de ese decreto publicado el 18 de Octubre no se comprendía; pero llamó mucho la atención, que por orden expresa del Emperador lo firmara todo el Ministerio, y también probaba su importancia al modificar en su aplicación las leyes generales vigentes sobre administración política, judi-

(1) El Comisario era á la vez comandante general con amplísimas facultades, tan sólo restringidas en pocos y determinados casos, previstos en el mismo decreto; en los ramos de Gobernación, Justicia é Instrucción Pública y Guerra, gozaba de ilimitada autoridad, debiendo obedecerle aun los generales, y podía dar ascensos hasta el grado de capitán; disponía de todas las rentas, excepto las municipales; debía sujetarse á los aranceles marítimos, y el presupuesto anual habría de ser aprobado por el Emperador; quedaba autorizado el Comisario Salazar Ilarregui, para dar condecoraciones, nombrar consejeros honorarios de Estado, chambelanes y caballerizos también honorarios. El tratamiento del Comisario imperial sería el de Excelencia, y su servidumbre llevaría la misma librea que la del Emperador; en su habitación estaría enarbolado el pabellón nacional y habría guardia palatina; los buques de guerra y las fortalezas le saludarían con diez y nueve cañonazos, y se repicaría en las solemnes entradas del Comisario. Su sueldo era de doce mil pesos anuales, y enviaría á México el quinto de todas las rentas de su demarcación.



cial, militar y hacendaria, creando en el seno del Imperio mexicano una porción regida por leyes especiales que destruían la unidad política y administrativa.

Recibió Maximiliano al Ministro de Gobernación D. Teófilo Marín, y al Subsecretario de Hacienda D. José Mariano Campos, comisionados por sus colegas del gabinete para unir sus instancias á las de Márquez y Miramón, pidiendo el regreso de Maximiliano á México. En seguida invitó al resto de sus Ministros y á los miembros del Consejo de Estado, para que también se trasladaran á Orizaba. Los comentarios y las suposiciones á que daban lugar esos hechos, eran vagas y contradictorias, pues tan pronto se decía que se preparaba á Maximiliano en la capital una recepción entusiasta, como que ya iba en camino para Veracruz; las noticias cambiaban de la mañana á la noche. Los periódicos franceses aseguraban siempre, que Maximiliano estaba resuelto á abdicar, y que no desistiría de su intento á pesar de las instancias contrarias, dejando establecido un gobierno provisional que concluiría un armisticio para convocar al pueblo á que eligiera al nuevo jefe de Estado.

Insistían los imperialistas en que la única solución posible de la crisis, se encontraba en el regreso de Maximiliano á la capital, y en la continuación del Imperio; proclamaban que con valor, fé y constancia, llegaría otra situación que á todos garantizaría y aquietaría, siendo para esos casos las dotes de un gobernante y no para asuntos triviales.

Los Ministros que fueron á Orizaba con el encargo de conseguir el pronto regreso de Maximiliano á la capital, le llevaron ofertas de apoyo material y pecuniario por parte de los conservadores. Muchos de éstos aseguraban que la situación se acercaba á un feliz desenlace, optimismo sostenido en medio del abatimiento general, sabiéndose por las órdenes oficiales recibidas en Palacio, que Maximiliano no prescindía de sus intenciones de abdicar. Por otra parte, el silencio en que se había encerrado el Emperador, daba margen á suponer que sus resoluciones no estaban invariablemente tomadas.

El llamamiento de los Ministros y Consejeros á Orizaba, llevó por mira una solemne deliberación en la que Maximiliano plantaría la disyuntiva entre una retirada definitiva ó el regreso á la capital; en el primer caso consultaría la forma de abdicación y el modo de delegar el poder.

Llamado el general Márquez para consultarle también, había llegado á París el 28 de Septiembre, resuelto á embarcarse para México en el paquete francés de Octubre, calculando estar en Veracruz el 10 de Noviembre, como en efecto aconteció.

El Ministerio presidido por el Sr. Lares, necesitaba que el general Márquez se presentara en México, considerándole poderoso elemento para conseguir que Maximiliano no abdicase, ni pensara retirarse á Europa. Resueltos los Ministros á retener al Emperador, se esforzaban en hacerle comprender que no debía pensar en su propia suerte, sino en la de la Nación; atendiendo al porvenir de México cuyos destinos le fueron confiados, identificándose con él el pueblo. Le de-

rían que para México era tan desastrosa la abdicación, que lo sumergiría en un abismo, lo mismo que á los extranjeros pacíficos y laboriosos que aquí residían. ¿En favor de quién abdicaría el Soberano? ¿quién heredaría el poder, ciñéndose la corona de espinas, sin fruto y sin gloria? ¿quedaría el país sin gobierno?; esto sería sumergir á la sociedad en la anarquía y en el caos que ya se iniciaba con las ambiciones de Juárez, González Ortega y Santa-Anna. En suma, los imperialistas comprometían á Maximiliano para que no los abandonara, llamaban palabras sin valor las de los franceses que le aconsejaban que se retirara, hablándole de traiciones y defecciones de mexicanos, táctica calificada por los conservadores como resultado de la malevolencia; sostenían que el Imperio podía vivir con elementos propios, sin necesitar de la Intervención. Los jefes franceses querían que Maximiliano abdicara en favor de la Nación; que ésta le nombrase sucesor por medio de los comicios; le aconsejaban que dejara una posición en la que por efecto de la inercia y de la indiferencia pública, iba á hallarse sin ejército, sin dinero, sin defensa bastante en presencia de la guerra civil desencadenada contra él, y de una próxima invasión extranjera. Conviniendo los conservadores en que el trono y el poder eran una carga que tenía espinas y acarreaba compromisos hasta de la vida, le hacían notar que si había injustos enemigos se les castigaría; si no había recursos se arbitrarían; á los traidores se opondrían los adictos; las rebeliones se reprimirían, y las invasiones extranjeras serían rechazadas hasta donde alcanzara el poder. Tal vez se perdería la vida; pero no el honor, y no se debía consumir una baja desertión; en aquellas circunstancias, Maximiliano tenía el deber de procurar vencer á sus enemigos exteriores é interiores.

En el puerto de Veracruz había carencia tan grande de recursos, que eran necesarias las salidas de tropas para separar de los caminos á los guerrilleros y facilitar así la introducción de víveres. A principios de Noviembre, una fuerza liberal penetró á Jalapa por el camino de Coatepec hasta la calle del Toronjo y fué rechazada por los austriacos. Todavía el 6 de Noviembre se mantenía en la plaza el general Calderón con las fuerzas austriacas y mexicanas de su mando, rodeadas por cerca de tres mil hombres á las órdenes de Alatorre, Milán, Honorato Domínguez y otros jefes. Los vecinos que tan terrible situación sufrían, se manifestaban deseosos, ya que no se podía recibir un refuerzo, de que fuese autorizado el general Calderón á capitular. Este lo hizo en fuerza de las circunstancias, cansado de esperar el auxilio que se dijo le llevaba Dupin, quien ya había llegado hasta Huatusco.

El aumento de fuerzas republicanas alrededor de Jalapa había continuado de tal manera, que el 24 de Octubre sostenía la brigada Pérez Olazo combates en la Banderilla y Trancas del Castillo, y llegaron á presentarse grupos de republicanos hasta en la plazuela de San José.

Habiendo llegado á la Banderilla el general Alatorre, procedente de la Costa, dictó órdenes para que fuesen ocupadas las líneas del Molino y Yerbabuena, con objeto de cerrar á los austriacos la única salida que les quedaba. Los repu-



blicanos extrajeron de los Berros una partida de ganado que allí habían puesto los sitiados, y se pasó á los sitiadores la única fuerza mexicana de caballería é infantería, en número de ciento cincuenta de los primeros y treinta de los segundos, habiéndose celebrado previos arreglos con el comandante republicano Manuel García. El 9 de Noviembre fué tomado por asalto, á la bayoneta, el cerro de Macuiltepec por la sección de zapadores y al siguiente día se estrechó el sitio, quedando reducidos los imperialistas á los puntos de San Francisco, plaza de la Constitución y la de Armas; el día 11 se verificó otro asalto y se rindió la guarnición imperialista, sin más condición que la gracia de la vida y salió de la ciudad el mismo día, sin armas, rumbo á Puebla.

Esta rendición de los austriacos tan cerca de la residencia de Maximiliano, dió gran impulso al torrente revolucionario que ya no respetaba valladar, ni se detenía ante ningún obstáculo, pasando sobre cualquiera fuerza que pretendiera contenerlo.

Cerca de Jalapa, á cinco leguas, en el pueblo de Tlacolulam, había permanecido una fuerza republicana amagando á esa ciudad, desde que se presentó la Intervención por aquella parte del Estado de Veracruz. Señalado ese pueblo de Tlacolulam punto de reunión de los republicanos, siguieron allí poco más de un año, mandados primero por el coronel D. Juan Foster; los pueblos comarcanos daban sus recursos é hicieron toda clase de sacrificios, para mantener aquellas fuerzas que hostilizaban á las que en Jalapa, cabecera del Cantón, mandaba el general Liceaga. Por entonces se verificaron solamente pequeños encuentros, escaramuzas de poca consideración, sin que obtuviera resultados favorables ninguno de los dos bandos contendientes.

Liceaga fué relevado por orden del Imperio con el general Galvez; continuó el coronel republicano Foster mandando en Tlacolulam, sobre cuyo pueblo se dispuso en Jalapa un ataque, y lograron las fuerzas del Imperio penetrar á las posiciones de los republicanos que les opusieron alguna resistencia en el punto llamado el Arenal, siendo incendiadas multitud de casas en un espacio de tres leguas; entonces desaparecen los jefes encargados de dirigir á los republicanos, abandonando todo á su propia suerte. Después del incendio y el saqueo, aquella comarca queda en la mayor miseria, suspenden su actitud hostil los pueblos, hasta el mes de Agosto de 1866, en que de nuevo se verifica otra reunión en Tlacolulam, bajo un orden más meditado; los republicanos fueron aumentando sus fuerzas y sus recursos para llegar al éxito que alcanzaron.

En ese mes se reanimaron contra el Imperio los pueblos que rodean á Jalapa, entonces ocupada por fuerzas del general Calderon, pertenecientes al Imperio, auxiliándole una fuerza austriaca. El 13 de Septiembre llega á Tlacolulam el general Alatorre, encuentra ya todo arreglado para hostilizar á Jalapa y se pone á la cabeza de los pueblos que aunque luchaban con grandes dificultades para sostener las tropas, no necesitaron ocurrir al cuartel general de D. Alejandro García, y se manifestaban resueltos á combatir al Imperio y la Inter-



*General Ignacio Alatorre.*

Durante la guerra contra la Intervención y el Imperio de Maximiliano, fué uno de los jefes que más se distinguieron en el ejército de Oriente. Sus principales esfuerzos tuvieron verificativo mandando la brigada de Barlovento. Circunstancias difíciles le obligaron á someterse temporalmente al Imperio, y cuando reapareció al frente de fuerzas republicanas le criticaron con dureza sus enemigos. En esta vez, debido á sus acertadas disposiciones militares, cayó en su poder la ciudad de Jalapa, el 11 de Noviembre de 1866. Algunos meses después tuvo participo en el asalto dado á Puebla el 2 de Abril, portándose con tal bizarría, que fué de los primeros en llegar al centro de la ciudad.